



SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO*

“Consuelen, consuelen a mi pueblo”

Luis Fernando Crespo

No dejes de leer los Textos bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Isaías 40,1-5.9-11; 2 Pedro 3,8-14; Marcos 1,1-8

Una lectura creyente de la Biblia -Palabra de Dios- reclama una lectura atenta y comprometida con la realidad que vivimos –Palabra de Dios para los seres humanos de todo tiempo-. Importa descubrir lo que Dios nos quiere decir, e igualmente prestar atención a la situación desde la que escuchamos. La primera lectura, tomada del inicio de la segunda parte del libro del profeta Isaías, marca con fuerza el sentido del mensaje de este adviento: “consuelen, consuelen a mi pueblo, dice su Dios”. El pueblo estaba sumido en la desgracia del destierro, agobiado por lo que consideraba un castigo por el alejamiento y la infidelidad a su Dios, como lo habían interpretado los profetas. Es Dios mismo quien viene a anunciar que ha pasado el tiempo de la desgracia, hay que “abrir camino a Yahvé y trazar una calzada recta a nuestro Dios”. Es un tiempo nuevo para el profeta, “alegre mensajero”: su mensaje consiste en decir “a las ciudades de Judá: Ahí está tu Dios”, que viene “como pastor (que con ternura) recoge en brazos a los corderos y trata con cuidado a las paridas”. A las palabras de consuelo siguió efectivamente la liberación y el retorno del pueblo a su tierra y a sus ciudades.

Nos preguntábamos el domingo pasado cómo sería este año la celebración de Navidad. Algunos con nostalgia evocarán celebraciones, comidas y regalos más costosos de años pasados. Otros, con tristeza, lamentarán la ausencia de seres queridos que les arrebató la pandemia, o indignados por la falta de justicia y responsabilidad ante los muertos causados por una represión desmesurada e incontrolada, otros muchos se sienten agobiados por una pobreza y un hambre que se tornan cada día más desesperantes.

Leyendo a Isaías, será posible para algunos otros vislumbrar una Navidad centrada en el reconocimiento y acogida del Dios que viene a consolar a su pueblo, a recordarnos que “ahí está su Dios”, que ahí ha estado siempre, acompañando y sufriendo en nuestras desgracias, acompañando y suscitando cuidados e iniciativas generosas de solidaridad. El consuelo de Dios no es invitación a la resignación

* Ciclo B

impotente. Es compasión desde las entrañas, compañía y aliento en el esfuerzo por cambiar y superar las situaciones que motivan el sufrimiento. Lo descubrimos en Jesús que se acercó y caminó en medio de su pueblo empobrecido “sanando todas las enfermedades y dolencias...de los que estaban vejados y abatidos” (Mt.9,36).

“Consuelen a mi pueblo”: para eso viene Dios en Jesucristo y esa es la vocación es para quienes creen en él y le siguen. Así lo enseña Pablo a los cristianos de Corinto: “Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación...” (2Cor.1,3-6). Consolar hoy en medio de un pueblo atribulado no sólo por los efectos, aún irresueltos, de la pandemia, sino por condiciones de precariedad permanente en sus condiciones de vida y de trabajo (informalidad e inseguridad, desprotección ante la violencia de grupos extorsionadores), situaciones que no son debidamente tomadas en cuenta a la hora de diseñar las prioridades sociales, económicas y políticas. Gustavo Gutiérrez, ya hace años, en un trabajo sobre Arguedas titulaba un párrafo “Consolar es liberar”. De ese consuelo hablaba Isaías en su tiempo, para ese consuelo hoy hay que “abrir caminos”, “rebajando y allanando” obstáculos que impiden la llegada del “Reino de Dios y su justicia”, “trazar sendas” por las que se pueda transitar hacia una humanidad más fraterna y justa, que será el signo más elocuente de la acogida del Dios que está viniendo.

¿Cómo “hablar al corazón” de la gente y “decir bien alto” que Dios viene y está con nosotros para consolar y no para juzgar y castigar, como tantas veces se le ha dicho? ¿Cómo decirle, en el lenguaje de Vallejo, que Dios es “como un hospitalario”, “debe dolerle mucho el corazón” ante tanto sufrimiento de sus hijos? Y para decirlo no tenemos sino el lenguaje creíble de los gestos, acercarse, escuchar, acoger, comprender, expresar cariño y solidaridad. También el lenguaje de la denuncia de aquello que causa el sufrimiento, la marginación y el olvido, y el del compromiso lúcido que apunta a cambiar comportamientos institucionales y sociales para lograr que las personas se puedan sentir de una vez reconocidas y ciudadanas, con todos sus derechos, en su propia tierra. El adviento y la Navidad, vividos con coherencia, han de resonar como el grito del “alegre mensajero” de Isaías: “Ahí está su Dios”.

El segundo domingo introduce a otro personaje importante del adviento: Juan, el que clama y bautiza en el desierto, quien da el primer testimonio sobre Jesús y su misión. Hombre austero en su vida personal, “proclama un bautismo de conversión para perdón de los pecados” con el fin de “preparar el camino del Señor”.

Juan interesa en la liturgia del adviento no sólo como el precursor que señala al “que viene detrás de mí”, sino como quien invita a “preparar el camino” y conmina a la conversión. El rito de entrar y sumergirse en el agua del Jordán –rito al que el mismo Jesús se sometería - expresaba con claridad el simbolismo de la conversión radical. Se trata de sumergir lo que hay de pecado en la propia vida, de resistencia al proyecto de Dios en cada uno, para salir del agua renovados por el perdón para una vida nueva, la del amor solidario, la “amistad social” como la designa Francisco en su última encíclica. En la secuencia del texto parece que la conversión es la que hace posible la acogida del

anuncio del que “viene detrás de mí y es más fuerte que yo”. Pasar por el “bautismo del agua” es como la disposición para recibir el “bautismo con Espíritu Santo”.

La segunda carta de san Pedro nos propone vivir el adviento “esperando y acelerando la venida del Día de Dios”, que consiste “según nos lo tiene prometido, (en) nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia”. ¡Realmente sería una gran novedad! El contraste con la realidad que vivimos y experimentamos cada día no es muy alentador. Pero eso es lo que esperamos y lo que Dios promete. Esa es la voluntad de Dios, “el Reino de Dios y su justicia”, y, a la vez, lo que la gente de nuestro tiempo, y especialmente los más débiles, reclaman. Dios y los pobres sintonizan en un mismo proyecto. Navidad y adviento invitan a pensar y revisar en qué Dios creemos, qué Jesús esperamos y queremos acoger, qué opciones de ida nos identifican como cristianos. El Bautista habla de “conversión para perdón de los pecados”. Quizá el lenguaje – “pecados”- nos resulte un poco ajeno y trasnochado. Pero la realidad inhumana de injusticia y violencia para con los pobres significa no amor, negación práctica de Dios. Eso es pecado, y no simple transgresión de normas. Perdón y conversión se reclaman y completan. Nos disponen a la esperanza de que el Señor siempre está viniendo, y con él la humanidad nueva. en la que vivamos la fraternidad plena en justicia y verdad. Ese es don de Dios y la tarea que ha depositado en nuestras manos.